

¿Para quién escriben los intelectuales?

Aportes a una investigación histórica del libro de Carlos Altamirano;
Intelectuales. Notas de investigación, Bogotá, Norma, septiembre de 2006.

Mariela Coudannes Aguirre

Docente de la Universidad Nacional del Litoral

Desde hace unos meses escribo un trabajo que tiene como tema a los historiadores santafesinos en la década de 1930. Hasta hace muy poco tiempo¹ existía una total ausencia de estudios locales que arrojaran una mirada crítica sobre la producción de estos historiadores, el contexto en el que actuaron, las ideologías en juego y la relación con los poderes de turno. Tampoco se habían incorporado sistemáticamente conceptos aportados por las ciencias sociales que abrieran nuevos caminos a las interpretaciones.

Si bien se podría discutir si los hombres del treinta eran historiadores en proceso de profesionalización, no se les puede negar su condición de intelectuales. Comenzaban a agruparse en asociaciones específicas y creando revistas académicas para la difusión de sus trabajos, diciendo perseguir la verdad, la objetividad y el rigor metodológico; más bien con “vocación de archivista” como diría José Luis Romero, ya que la historiografía argentina de la época tendía a excluir la interpretación y los aportes interdisciplinarios². Se vinculaban con el estado, pocos como funcionarios, sí más frecuentemente como miembros de órganos de consulta oficial. Pero lo más importante es que participaban asiduamente de publicaciones periodísticas o de divulgación, emitiendo su opinión en asuntos de actualidad y buscando ser la voz “autorizada” para desentrañar las relaciones entre el pasado y los problemas de su presente.³

¿Cuál era el grado de autonomía de estos intelectuales con respecto al estado y qué lugar ocupaban en la estructura social santafesina? ¿Qué determinaciones dejaron marcas en sus

¹ Una de las primeras iniciativas es el proyecto *Santa Fe, problemáticas históricas y perspectivas historiográficas* (2002), y su continuación: *Campo historiográfico argentino y memoria social. Santa Fe 1940-1970* (2006), ambos aprobados por la Universidad Nacional del Litoral y dirigidos por la Dra. Teresa Suárez.

² Quattrocchi-Woisson, D.; *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1998, p. 75.

³ Sobre el tema de los historiadores como intelectuales en la primera mitad del siglo XX, ver Cattaruzza, A. y Eujanian, A.; *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003, p. 204.

escritos académicos y de divulgación? Todas estas preguntas nacieron, entre otras lecturas, de aportes teóricos tan diferentes como los que sintetiza Carlos Altamirano en su pequeño libro.

Si bien puede considerarse una obra introductoria, y ese es el objetivo que persigue la colección, su mérito mayor reside en los interrogantes que genera y los ejes que establece para la discusión:

“¿Qué significa desempeñar ese papel en el espacio social? ¿De dónde provenía la autoridad que se les reconocía y qué clase de autoridad era esa? ¿Para quién hablaban? ¿Cuál era la gama de opciones que la situación histórica les ofrecía a quiénes decidían escribir y hacer público su pensamiento?” (p. 13)

Desde la perspectiva del autor, el libro es una síntesis breve o en sus propias palabras un “estado del arte razonado” de una larga trayectoria abocada al estudio de la cultura y los intelectuales en distintos contextos históricos, pero casi siempre en el espacio argentino. De esta trayectoria también da cuenta el texto “Para un programa de historia intelectual y otros ensayos”, fruto de la investigación del mismo nombre en la Universidad Nacional de Quilmes y publicado un año antes de la obra que en este momento nos ocupa.

Según Altamirano, es habitual que los intelectuales asuman un discurso normativo sobre sí mismos, que gira en torno a la misión de la *intelligentsia* y los argumentos éticos. Estos deberes pueden ser de diversa índole: custodiar los valores permanentes de la civilización (Julien Benda), o en un plano menos ideal y abstracto, despertar la reflexión y romper con el equilibrio conservador para cambiar la sociedad (Jean-Paul Sartre), contradecir el poder, ser la voz de los débiles, articular la queja común sometiendo a crítica sus lazos con la nación o su grupo de pertenencia (Edward Said). Si bien estas cuestiones son relevantes para la discusión política y para instar al intelectual a asumir un rol militante en tiempos de escaso compromiso con la realidad⁴, es posible coincidir en que este tipo de razonamiento no sirve para abordar a los intelectuales como objeto de estudio histórico y develar las relaciones cambiantes y complejas con la sociedad de su época.

**¿Superhombres o soñadores poco prácticos? ¿Verdaderos o falsos intelectuales?
¿Ejemplares o traidores? ¿Espirituales o terrenales? ¿Amateurs o profesionales?**

En sus dos primeros capítulos, el autor evoca la genealogía del término, eminentemente moderno, su surgimiento a finales del siglo XIX en Francia en ocasión del asunto Dreyfus, y

⁴ Ver al respecto la nota debate “¿El fin de los intelectuales?” recientemente publicada en la *Revista de Cultura Prometheus*, disponible en <http://www.pmdq.com.ar/entrevistas.html>

cómo ciertos relatos casi míticos de origen construyeron esa tradición normativa sobre el rol del intelectual, que no sólo se definía por el compromiso sino también por la capacidad de constituirse como un grupo social bien diferenciado y por encima de los conflictos, lo que abonaba sus pretensiones de asumir un papel rector en la política y la cultura. Estas teorías a menudo maniqueas sobre la intelectualidad se difundieron por Europa pero también encontraron resistencia, sobre todo en Inglaterra, ya fuera por una mayor integración de los intelectuales a la elite dirigente, por el rechazo a cuestionar la eficacia política de la tradición, o por pensar que los títulos académicos no habilitaban para opinar de manera privilegiada sobre los destinos de la nación.

Las discusiones prosiguieron durante todo el siglo XX en torno a varias de las diádas que mencionamos arriba y más recientemente sobre el proceso de distanciamiento del intelectual y la especialización de su lenguaje, que en muchos casos ha derivado en desconexión y elitismo.

¿Para quién escriben los intelectuales?

En el capítulo siguiente el autor aborda el pensamiento marxista. Si bien Karl Marx no le otorgó una atención especial, unos pocos pasajes en *La ideología alemana*, *Las tesis sobre Feuerbach* y el *Manifiesto comunista* permitieron un desarrollo posterior a cargo de reputados seguidores como por ejemplo Karl Kautsky. Aquí nos interesa destacar los aportes de lo que Altamirano llama “la revolución de Gramsci” quien abrió un camino diferente al otorgarle una importancia inusual a la política y la cultura.

En la concepción de Antonio Gramsci los ideólogos pueden desempeñar tanto un papel de justificación como de transformación del orden social, en tanto cada clase social crea sus propios intelectuales. No serían entonces independientes del mundo real pero tampoco una automática traducción alienada de las relaciones reales entre los hombres. Las categorías tradicionales de intelectuales, como los eclesiásticos, cumplieron distintas funciones en los distintos campos de la religión, la filosofía, la enseñanza, la beneficencia, etc. Su fuerte espíritu de cuerpo y su persistencia ante los cambios les permitió difundir la falsa representación de que eran independientes de la clase dominante. Según Gramsci todos los hombres son intelectuales, de ahí que la clase obrera tenga los propios, pero el que recibe ese nombre es el que se especializa en esa actividad. No se explica por las cualidades superiores de un grupo determinado sino por la creciente complejidad y desarrollo del sistema escolar.

Según Altamirano no puede entenderse el concepto de intelectual del pensador italiano sin relacionarlo con su concepción de estado moderno, sociedad civil y hegemonía. Como es bien sabido, dominio y hegemonía están conectados pero son distintos. El primero se ejercita en el plano de la sociedad política y el Estado es su medio; la hegemonía es la dirección intelectual y moral de una clase sobre otras, y su espacio es el de la sociedad civil, conformada por la red de instituciones consideradas ajenas al poder público. El autor llega a la conclusión de que Gramsci:

“trastornó el canon marxista tradicional pero no abandonó una de las premisas de ese canon: que los intelectuales sólo podían pensarse como una categoría dependiente de las clases básicas de la estructura social. Por lo tanto, aunque las relaciones entre clases sociales e intelectuales fueran complejas, éstos, aun sin saberlo, operaban como funcionarios de aquéllas”. (p. 68)

¿Por qué la interpretación en función de las clases sociales es insuficiente para comprender la problemática de los intelectuales?

En los capítulos siguientes, Altamirano realiza un recorrido por algunas de las teorías sociológicas que revisaron la interpretación marxista y eludieron las derivaciones normativas del problema.

La primera que recupera es la de Karl Mannheim, que retomó aportes principalmente de Alfred Weber. Aquel sostenía que la característica de los intelectuales es reclutarse en clases sociales muy diferenciadas en cuanto a nacimiento, profesión y riqueza. Lo que los uniría sería una misma cultura y particularmente una común herencia docente, constituyendo un “conglomerado social intersticial” entre las clases. Esto no quiere decir que permanezcan al margen de los antagonismos pero sí les permite un margen mayor de circulación, sirviendo a distintas clases sociales en distintos momentos y adaptando sus puntos de vista a la evolución del debate público. A diferencia de los intelectuales tradicionales pertenecientes al clero que sobrevivían por su condición de “casta”, aquellos deben aplicar un esfuerzo mayor para conquistar el favor del público y esto incuba las pretensiones de objetividad e independencia declamadas por la mayoría de los intelectuales, de dirección ideológica del cambio social, o en términos generales, de cumplimiento de una misión social.

Luego recupera los aportes del sociólogo norteamericano funcionalista Edward Shils que explicó el surgimiento de cronistas, anticuarios y hagiógrafos por la necesidad de los gobernantes de una comunidad de legitimar su dominio refiriéndose a hechos y

personalidades remotos. Cuanto más compleja es la sociedad, más indispensables son los intelectuales que tendrían la función de inculcar y difundir significados que introducen a los profanos en los valores centrales del sistema social, que no es armónico sino que aloja tensiones de dos tipos. Las internas al espacio propio de las elites (enfrentamiento de posiciones intelectuales divergentes respecto del sistema central de valores), que permiten el surgimiento de alternativas, y los conflictos entre intelectuales y autoridades políticas, cuando los primeros cuestionan a los segundos que no obedecen a valores supremos como la ciencia, el orden, el progreso, etc. Lo ideal para Shils era lograr la cooperación entre intelectuales y políticos, para preservar el equilibrio y la integración social.

A continuación el autor reseña los postulados principales del insoslayable Pierre Bourdieu y su construcción a partir de tres legados teóricos muy diferentes como los de Durkheim, Marx y Weber. Aquí interesa mencionar su enunciado de la doble determinación de los conflictos ideológicos: no sólo están determinados por los intereses de clase o fracciones de clase sino también por los intereses específicos de los productores de ideologías, y la lógica propia del campo de producción ideológica. Ni mero reflejo de la estructura, ni mera totalidad autosuficiente.

Bourdieu develó los mecanismos de imposición de la cultura con pretensiones de validez universal. Los intelectuales son relativamente autónomos en esa lucha por el monopolio de la producción cultural legítima y se manejan con reglas propias del campo totalmente diferentes a las del campo económico o político. Son miembros de la clase dominante, pero dentro de esta ocupan una posición subordinada. Esto les hace mantener una relación estructuralmente ambigua tanto con la burguesía como con el “pueblo”. El campo es un sistema de posiciones donde no todos tienen el mismo poder para definir la cultura legítima, ya que depende del capital simbólico (prestigio, autoridad, reconocimiento social) ligado a cada posición. El capital cultural se adquiere por vía familiar y escolar; es fuente de las diferencias sociales y las legítimas. La autonomía individual o grupal de los intelectuales sólo es posible en la medida que se produzca la autonomización del campo intelectual, un fenómeno que sólo aparece ligado a determinadas sociedades.

Las concepciones de Bourdieu son resumidas por el autor como una “hermenéutica de la sospecha”, en primer lugar de las representaciones que los intelectuales tienen de sí mismos, su pretendida superioridad y su deber ser. También critica la simplificación en la que incurre el polaco Zygmunt Bauman al rechazar la categoría de intelectual y reemplazarla por el concepto de “legisladores” ligados al desarrollo de un estado que impone el orden de la razón.

Volviendo a mi tema de estudio, esta selección de Altamirano proporcionó claves para analizar la pertenencia social de los historiadores santafesinos, que demostró no ser homogénea, y una crítica más eficaz de sus discursos de objetividad y búsqueda de la verdad. También de la misión que se autoasignaron en esa época y contexto particulares: lograr la “justicia histórica” para los héroes del federalismo y la lucha por la autonomía, y con ello reposicionar a la provincia y sus elites en el presente. Pero no fue un camino fácil ni armonioso: cooperación y conflicto atravesaron las relaciones entre políticos e intelectuales.

¿Qué aportan los estudios sobre la intelectualidad latinoamericana?

Mi primera sorpresa es que no aparecen mencionados en la obra de Altamirano estudios de y sobre la intelectualidad latinoamericana, quizás porque formará parte de una próxima publicación que registrará las investigaciones actuales del extenso equipo interdisciplinario que ha convocado para discutir la problemática.⁵

Doy un ejemplo relacionado con el tema que me interesa. Los historiadores/intelectuales santafesinos en la década del treinta estaban vinculados a la elite política por relaciones familiares y de amistad. En este último caso forjadas en espacios de formación y sociabilidad compartidos. Varios de sus escritos de divulgación surgieron con el propósito de legitimar a un núcleo de familias que ocupaban los principales cargos del estado. ¿Qué teorías y conceptos son útiles para interpretar esta realidad?

El concepto de “intelectual orgánico” de Gramsci es retomado por algunos autores que investigan la relación entre intelectuales y familias en América Latina en el siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. En este contexto, la función principal de los intelectuales habría sido la de “asegurar a su red familiar la hegemonía social y el control político, legitimando así su dominación en el bloque de poder.”⁶

Estas afirmaciones nos llevan a indagar sobre la teoría de redes y el profuso número de estudios empíricos que la aplican a temas de economía, comercio, familia, demografía, migraciones, geografía y cultura en el siglo XIX y XX.⁷ Si bien sus aportes más fuertes provienen del estructural funcionalismo británico y norteamericano, el conjunto de teorías,

⁵ Ver programa de investigación de la UNQ: <http://www.unq.edu.ar/layout/nota.jsp?idContent=30005>

⁶ Casaús, M. E.; “La pervivencia de las redes familiares en la configuración de la elite de poder centroamericana (El caso de la familia Díaz Durán)”, *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Vol. 20, Nº 2, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1994, pp. 3, 7 y 8.

⁷ Véase el catálogo de la bibliografía en castellano sobre análisis de redes sociales que ofrece REDES, Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales, disponible en <http://www.redes-sociales.net/>

conceptos y métodos, diferentes entre sí, que confluyen en el análisis de las redes es llamado por Barry Wellman “paradigma analítico estructural”⁸. Otros plantean que más que un paradigma se trata de un conjunto de técnicas con una perspectiva metodológica compartida. Su particularidad es incorporar el punto de vista de los individuos, pensar la sociedad en términos de vínculos personales que canalizan oportunidades y recursos, decisiones y estrategias en función de intereses individuales, familiares y grupales. El individuo tiene determinadas oportunidades y limitaciones en función de su pertenencia a esa estructura. Es una visión de la práctica social centrada en la interacción que constituye lo social. Los sujetos quedan identificados por su posición (cambiante) en la trama de relaciones⁹. El concepto está relacionado fuertemente con el de capital social, cuya definición ha incorporado aportes de Pierre Bourdieu y otros. Si bien no se desecha el concepto de clase social, esta sólo sería una “etiqueta resumen para las relaciones económicas de poder y dependencia”.¹⁰

Textos y contextos

En los últimos capítulos el autor amplía sus consideraciones para explicar por qué es redundante hablar de un “intelectual moderno” y cuáles son los contextos que “marcan” la dinámica de la vida intelectual: el estado, el mercado, la universidad, las microsociedades (revistas, círculos) y las tradiciones que no son estáticas ni homogéneas.

Con erudición recorre su origen y devenir en la cultura europea desde los fines de la edad media hasta por lo menos el siglo XIX, y cómo se produce la aparición de un lenguaje secular en el que se combinan “la pretensión científica, el realismo político y la ambición profética”. (p. 112) En todos esos ámbitos de significación operará un amplio espectro de intelectuales que no puede reducirse a aquellos que portan el título universitario o profesional (Zygmunt Bauman), o se ajustan a las reglas del discurso crítico (Alvin Gouldner).

La relación de los intelectuales con el estado no ha seguido un patrón único, como se desprende de las teorías que se reseñan anteriormente pero sobre todo de las experiencias históricas más diversas. Resulta significativa su afirmación de que el proceso de autonomización de los intelectuales en la modernidad asumió características particulares en América Latina. Así frecuentemente la autonomía de la cultura se identificó con la autonomía

⁸ Wellman, B.; “El análisis estructural: del método y la metáfora a la teoría y a la sustancia”, *Política y Sociedad*, N° 33, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 2000.

⁹ Lozares Colina, C. y otros; “Relaciones, redes y discurso: revisión y propuestas en torno al análisis reticular de datos textuales”, *Revista española de investigaciones sociológicas*, N° 101, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2003.

¹⁰ Wellman, B.; op. cit., p. 26.

política de la nación y no con la autonomía de la política. Si lo aplico a mi propio estudio, esta cuestión por ejemplo se hace evidente en los escritos de José María Rosa, que a la par de ocupar importantes cargos políticos en la conservadora Santa Fe de mediados de la década del treinta y principios de los cuarenta escribía la primera versión de su *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica* y la presentaba al público santafesino.

¿Conclusiones? No las hay ni son necesarias. Muestra caminos.